

¿Cómo visibilizar la ciencia en el Sur? Crítica al sistema de indexación vigente¹

ANNEL MEJÍAS GUIZA
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES (ULA)
RED DE ANTROPOLOGÍAS DEL SUR
MÉRIDA, VENEZUELA

Correo electrónico: annelmejias@gmail.com

Twitter: [@AnnelMejías](https://twitter.com/AnnelMejías)

Facebook: <https://www.facebook.com/annel.mejasguiza>

RESUMEN

La visibilización de las investigaciones generadas en América Latina, y la consiguiente evaluación de la producción científica en cada país, se soporta por la cantidad de publicaciones en revistas indizadas. Dichas publicaciones han pasado al formato digital. A pesar de haber cambiado de plataforma y de lugar al reflejar lo que ocurre en el sur, los cánones de evaluación de revistas indizadas en América Latina se mantienen: calificar como “endogamia” el publicar a nuestros/as investigadores/as, la revisión por pares académicos, el proceso vertical para formar parte de los índices del norte, valorar más las publicaciones en inglés. Si estamos en el sur y necesitamos visibilizarnos, podríamos proponer un sistema que responda a nuestra diversidad. Porque el sistema vigente nos invisibiliza.

PALABRAS CLAVE: indexación, revistas científicas, investigación, sur

¹ Este artículo modificado se presentó inicialmente como una ponencia en el Simposio “Hacer antropologías desde el sur: retos etnográficos y metodológicos”, coordinado por el Prof. Dr. Eduardo Restrepo, durante el Primer Congreso Internacional de Antropologías del Sur 2016, organizado por la Red de Antropologías del Sur y realizado en la ciudad de Mérida, Venezuela, del 10 al 15 de octubre del 2016. Para este artículo utilizamos para referenciar el Sistema APA.

HOW VISIBLE THE SCIENCE IN THE SOUTH? CRITICISM OF THE CURRENT INDEXING SYSTEM

ABSTRACT

The visibility of research generated in Latin America, and the subsequent evaluation of the scientific production in each country, is supported by the number of publications in indexed journals. These publications have become the digital format. Despite having changed platform and place to reflect what is happening in the south, the canons of evaluation of journals indexed in Latin America remain: qualify as "inbreeding" publish our researchers, academic peer-review, the vertical process to become part of the indices of the north, most rating publications in English. If we are in the South and make us visible, we could propose a system that responds to our diversity. Because the current system makes us invisible.

KEYWORDS: indexing, journals, research, south



¿QUIÉNES NOS LEEN?

El panorama de las revistas científicas en el futuro podría compararse con una novela de ciencia ficción: así como nos preguntamos si las máquinas o la “inteligencia artificial” podrían lograr superar y dominar en un futuro incierto la especie *Homo sapiens* o sustituirla, surge la inquietud si podría el lenguaje técnico del World Wide Web determinar lo que llaman “calidad científica” en América Latina al pasar las revistas científicas del papel al medio digital, como está ocurriendo de forma incipiente. Pero este panorama “formal” sólo sería la punta del iceberg de un problema que consideramos más complejo: un espejismo de la llamada comunidad global.

Nos preguntamos si realmente el sistema de indexación, ahora digital y más masivo, vigente en los países del sur, ha roto con las lógicas hegemónicas (corporativas) del sistema indizado del norte. ¿Podemos hablar de una comunidad científica latinoamericana visibilizada (tanto local como internacionalmente), descolonizada o que intenta descolonizarse bajo la sombra de ese sistema?

Sobre la primera inquietud, que sería el aspecto formal, vemos que hace dos décadas la tendencia era la publicación de revistas científicas en papel, lo que implicaba una dinámica de visibilización de la ciencia

más tradicional (y, por lo tanto, menos inclusiva) con pocas formas de acceso a los lectores y lectoras en nuestra región, lo que coincide con lo planteado por Edward Said (2015) cuando se refiere a la crítica literaria en Estados Unidos y la empresa editorial: el mercado termina publicando un tiraje de libros que está garantizado para leerse entre el mismo círculo de críticos. Similar panorama ocurría con las revistas en papel: la lectura se quedaba en el cónclave.

Así, antes la “calidad científica” se determinaba si había revisión por pares (con el cuestionado método del “doble ciego”), si el artículo era original o no, y si estaba traducido al inglés, considerado lengua franca en las ciencias (Rozenblum *et. al.*, 2015). A esto se sumaba (y aún sigue vigente) si se censuraba la “endogamia”, es decir, si se lograba evitar que las/os investigadoras/es de un mismo grupo, centro, universidad y hasta de un país se publicaran en sus revistas y se evaluaran entre ellos/as.

Actualmente, el internet disponible en computadoras, celulares inteligentes y tabletas ha acercado digitalmente las revistas científicas (cuando son de acceso abierto) a esas clases sociales que cuentan con el servicio en distintas partes del mundo². Pero en este punto debemos aclarar que alrededor del 70% de población en el mundo no cuenta con internet: si bien lo usan más de 3.000 millones de personas en el planeta (We Are Social, 2015), “otras 4.000 millones que residen en los países más pobres del planeta siguen sin estar conectados”, quienes representan dos terceras partes de la población que reside en “los (llamados) países en desarrollo, y no tienen perspectivas a corto plazo para poder tener acceso a las nuevas tecnologías de la información (TIC)”, según concluye la Unión Internacional de las Telecomunicaciones (UIT). En el caso de los considerados Países Menos Desarrollados (LDCs, por sus siglas en inglés), el internet sólo ha penetrado el 9,5% de la población (Agencia EFE, 2016).

² Según la Unión Internacional de las Telecomunicaciones (UIT), desde el año 2000 la penetración de internet se ha multiplicado por siete, dado que ha pasado de un 6,5% de la población mundial a un 43%. Asimismo, la proporción de hogares que tiene acceso a internet pasó de un 18% en 2005 a un 46% en 2015. Actualmente hay más de 7.000 millones de líneas de móvil en el mundo, cuando en el año 2000 eran solo 738 millones (Agencia EFE, 2016).

Frente a esas estadísticas y realidad, nos preguntamos: ¿Entre quiénes se están distribuyendo las revistas científicas digitales de la región que ahora se encuentran en la telaraña virtual? ¿Quiénes nos están leyendo en el planeta? ¿Nos leen en los pueblos de América Latina?

En Venezuela el acceso a las TIC's es una política de Estado, afianzada con la creación de Infocentros de carácter gratuito, y con la donación de computadoras Canaimas a niñas y niños en las escuelas públicas. A esto se suma un debate y propuesta para legislar sobre software libre, un punto de honor para la independencia tecnológica del país. Pero, ¿qué ocurre en el resto de América Latina?

Según un informe presentado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), el 54,4% de los habitantes de América Latina y el Caribe usó internet en el 2015, y “la penetración de las conexiones a la banda ancha también creció fuertemente, particularmente en la modalidad móvil, la que pasó de 7% a 58% de la población” (CEPAL, 2016: 5). En términos de ingresos, “los mayores aumentos en la penetración se concentraron en los quintiles *más ricos*³, ensanchando la brecha con los quintiles más pobres”, y ha habido más acceso en zonas urbanas que rurales (CEPAL, 2016: 6). Sólo superan el 56% de hogares conectados con este servicio Chile, Uruguay y Costa Rica, mientras que Nicaragua, Cuba y Haití no despuntan el 15% (CEPAL, 2016: 9).

En el caso de querer posicionar revistas científicas en ese mundo editorial digital, nuestros países deben invertir en formación para adecuarse a los sistemas indexados, lo cual implica la ampliación del equipo editorial con especialistas de otras áreas y hasta “tercerizar tareas”, realizar talleres para manejar lenguaje multimedia (XML Jats), aprender el modelo de gestión editorial Open Journal System (OJS), ingresar al Directory of Open Access Journals (DOAJ), manejar programas virtuales para detectar plagios, y someterse a una doble evaluación, los pares académicos y la técnica, centrada en los formatos (Rozemblum y otros, 2015).

³ Subrayado nuestro.

Nos planteamos que si entramos de forma acrítica en ese sistema “globalizado” de bases de datos de revistas científicas digitales, legitimado además por las políticas públicas estatales de nuestros países (al otorgar más recursos a revistas que se ubican mejor en los ranking, al clasificar a los/as investigadores/as o al asumir la agrupación de las ciencias por la UNESCO), seguimos validando un sistema noratlántico (retomando la noción planteada por Esteban Krotz) que hace ver que nuestras investigaciones son “inferiores” por ser menos citadas y menos rigurosas en lo “formal”. Al pasar a ser revistas digitales entramos en un sistema mediado por el acceso a un servicio de difusión masiva –pago en la mayoría de países– y que reproduce un sistema corporativo de venta de tecnología e información que no rompe con la asimetría y la debilidad en materia tecnológica que vivimos en América Latina, como lo explica Fernando Buen Abad (2011): “no fabricamos ni un tornillo y la transferencia de recursos para comprar tecnología es infernal, con el agravante de que ellos (las corporaciones) la descontinúan cada seis meses”.

LA ANULACIÓN DE LA DIVERSIDAD PARA PRIVILEGIAR LA FORMA

En el sistema de evaluación de índices de revistas científicas, los criterios de evaluación apuntan más hacia el “mejor” ordenamiento de la información para visibilizar la publicación en ese maremoto de datos (a veces desordenado) que inunda el internet, es decir, los criterios para ser una revista con “buenas prácticas editoriales” se enfocan en aumentar la posibilidad de ser “capturado” el artículo por el/la usuario/a en la World Wide Web. Esto traduce que si alguien usa un buscador para captar información, la idea sería hacer todo lo posible tecnológicamente para que ese potencial lector o lectora lo lea, ya que si descargan su artículo entra en el ranking de más descargados y, si lo citan en otro artículo, libro –también digital– o en buscadores renombrados y comerciales, como el sistema de Google Académico, por ejemplo, la revista que lo publicó ganaría en creces en ese sistema al entrar en las “revistas más citadas”, lo

cual le daría acceso a esa escalera vertical de sistema de indización que opera bajo el modelo del “factor impacto”. Pero, ¿cómo medir el impacto de un artículo?, ¿a quiénes impacta?, ¿impacta al cónclave académico?, ¿impacta a las comunidades estudiadas por las ciencias sociales?, ¿impacta los planes gubernamentales y las políticas científicas de su país?, ¿cómo medir el impacto humano de las estadísticas del “factor de impacto”?

En el caso de Venezuela, la metodología del sistema de indexación de revistas nacionales también sigue ese ascenso vertical, legitimado por las políticas en ciencia (Hasmy, 2015; Rosales *et. al.*, 2008): primero la publicación ingresa al índice de Revistas Venezolanas de Ciencia y Tecnología (Revencty), que establece parámetros de evaluación para aspirar a los índices regionales, como la Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (RedALyC, de México) y SciELO (Brasil y Chile), y por último (como si fuese la última etapa evolutiva), se prepara para entrar a los sistemas internacionales ISI y Scopus (Rosales, 2015). La ventaja es que en Venezuela se sigue manteniendo el acceso libre, no se cobra por publicar y el Estado, de carácter socialista, subvenciona los índices y privilegia el trabajo del investigador/a con el poder popular organizado en consejos comunales y comunas, que validan y dan aval a las investigaciones. Como editores/as aprendemos a navegar en ese sistema de solicitar subvenciones para la precaria sobrevivencia de las publicaciones.

Según Rozemblum y otros (2015), los parámetros de evaluación utilizados por RedALyC, el catálogo Latindex (de México), SciELO, Scopus y Web of Science, obedecen a la conformación de un “núcleo de revistas de ‘calidad’ para su público lector” y para “constituir sus colecciones”, lo que devela una lógica sustentada en el “funcionamiento de las bases de datos” (la mayoría con fines comerciales) tomando en cuenta las descargas y citación, ya que “el conteo de citas manifiesta ‘de manera ‘inequívoca’ la relación entre excelencia y reconocimiento’, por lo que estos datos serían utilizados como indicadores de visibilidad y, por lo tanto, ‘se transforman en capital científico’” (Ortiz, 2009, en Rozemblum, C *et. al.*, 2015). No obstante, estos autores consideran que “la presencia

o ausencia de una revista en estas colecciones, no es parámetro suficiente para determinar la calidad de las revistas científicas ni de sus contenidos”, ya que se privilegia las características técnicas y formales de la revista, lo que llaman “calidad editorial” sobre la “calidad científica”.

Sin embargo, dicha “calidad editorial”, resumida en la presentación y la facilidad para acceder al artículo en internet (denominada interoperabilidad), sigue siendo predominante en los criterios de evaluación de sistemas indizados, bien sea nacionales, regionales o internacionales (dícese anglosajones). A nuestro juicio, este proceso viene a uniformar las revistas científicas en un lenguaje digital que no permite la diversidad por las exigencias formales y también deja en manos de técnicos/as, llamados/as “analistas de información”, el proceso final de divulgación de nuestros trabajos, a quienes les interesa (como bibliotecarios virtuales) propiciar las condiciones para que el artículo sea descargado, leído y citado.

Este sistema no permite evaluar si los resultados de investigación son pertinentes para nuestros países, ni ayuda a analizar quiénes nos están leyendo y si quienes nos leen se alimentan de esas investigaciones para comprenderse, para resolver sus problemas, para reescribir su historia desde una perspectiva descolonial, para lograr una emancipación a lo interno, para superar la alienación cultural. Si bien los sistemas de indexación han visibilizado nuestras investigaciones a través del internet, también las han reducido a un sistema de evaluación excluyente y que nos clasifica como “ciencias de segunda”.

Nos volvemos a preguntar: ¿Es contrahegemónico el sistema de indización diseñado en el sur? ¿Segue reproduciendo esa noción centro-periferia que plantea J.M. Briceño Guerrero (2008) como una de las raíces colonialistas, que nos ahogan inconscientemente en un modelo cíclico de copiar el norte?

IMPLOSIONAR DESDE ADENTRO

El modelo de ciencia que heredamos en América Latina, según Jacqueline Clarac (2000), se relaciona con la adopción en el mundo

del modelo norteamericano de universidad y de investigación, adecuado a la situación histórica particular de ese país y a la demanda de la ciencia para esa sociedad, mientras que la universidad en Europa ha sido la primera institución en reafirmarse en la modernidad con el fin de asegurar la síntesis universal y dinámica de las distintas formas de generar conocimiento como una cultura integrada e integradora, desde la cual se ha generado debate y reflexión permanente, ya que, al no depender directamente de un desarrollo económico de esa sociedad, la universidad gozaba de “libertad académica” (Clarac, 2000: 20-21). Así, hasta mediados de los años cincuenta del siglo XX en el llamado viejo continente las universidades no formaban en carreras técnicas, sino que se dedicaban a instruir a teóricos, literatos, la élite política y humanística, para reproducir el constante debate del ideal universalista del conocimiento, pero luego de esa fecha sí comenzaron a funcionar instituciones especializadas para desarrollar los laboratorios de grandes empresas.

El modelo dicotómico entre las ciencias “de la naturaleza” y humanidades y ciencias sociales llegó a Estados Unidos desde Europa, de acuerdo con Clarac, a pesar de que todas estas ciencias constituían una *misma* cultura, pero por ser la norteamericana una sociedad consumidora asimiló ese modelo trasplantado (Clarac, 2000: 21). De esta forma, las ciencias “naturales”, llamadas “la” ciencia, crearon una cultura aparte, científica y universal, desligada de la “cultura” del ser humano (“objeto” de estudio de las ciencias sociales, atadas al modelo biológico por su complejo de inferioridad frente a las ciencias naturales), y para legitimar dicha cultura “universal” instituyeron el inglés como lengua franca, ya que Estados Unidos, luego de la caída del comunismo, lideró este movimiento imperialista de “la” ciencia. Clarac explica que las universidades en Estados Unidos se adaptaron a un modelo funcional, instrumental y práctico, propio de esa sociedad, por lo tanto, se asumieron más y más como empresas administradas “con una preocupación de *mánager*” para satisfacer la demanda del mercado económico-social, lo que llama la autora las necesidades prácticas del *american way of life*, perdiendo la función original de esa síntesis cultural crítica (europea), y en ese enfoque la

ciencia tomó la perspectiva del *problem solving*, es decir, resolver problemas prácticos (Clarac, 2000: 22).

Este modelo tecnocientífico, reflexiona Clarac, ha sido el que heredamos en América Latina con un aliciente: la alienación cultural y la vergüenza científica de lo que somos y hacemos, lo que ha provocado “fuga de cerebros”, esa preocupación por publicar en inglés en revistas indexadas noratlánticas (pagando, porque es un negocio editorial), preocupación por la glorificación y prestigio internacional, sistema que, según esta autora, no ha dejado nada para nuestros países en la región (Clarac, 2000: 25). En el caso de esa dicotomía entre ciencias “de la naturaleza” y ciencias sociales y humanidades, también la arrastramos en América Latina con el terrible problema de que las políticas públicas científicas están centradas en dedicar gran parte de sus presupuestos a las ciencias “naturales”, ya que en nuestros países se piensa que ellas son “la” ciencia y que a través de ellas podemos lograr el ansiado “progreso” y “desarrollo”.

Martins Moraes y Mesomo (2015), del grupo de Antropología Crítica, plantean un reflejo en el mundo académico de la antropología disciplinar de Brasil de lo que llaman *extractivismo cognitivo* (producto de ese mercado económico-social), que sería el procedimiento para establecer la función utilitaria del trabajo de campo en el mundo conceptual de una disciplina bajo el *axioma productivista*, el cual le da valor al conocimiento (como algo productivo) en el ámbito académico: “el valor de uso de cualquier expresión del conocimiento es medido por su valor de cambio en los mercados editoriales” (Martins Moraes y Mesomo: 2015). Es decir, el *extractivismo cognitivo* develaría cómo las investigaciones brasileñas se inscriben en los circuitos de cambio académico, que terminan disciplinando a los/as recién graduados/as (y también a los/as antropólogos que siguen carrera académica) para producir principalmente piezas escritas de sus experiencias de campo, dícese artículos, libros, ponencias, etc. En la antropología llaman *valor de uso* al contenido de nuestras investigaciones (derivadas de esos vínculos establecidos entre investigador/a con sus interlocutores/as en el trabajo de campo) y denominan *valor de cambio* a los resultados escritos del trabajo investigativo, que alimentan el récord de

publicaciones y puntajes en la vida académica de un/ investigador/a y que le dan, claro está, su prestigio.

Estos productos escritos están orientados a los mercados editoriales académicos, donde podrán realizarse como valor de cambio bajo la forma de revistas indexadas.

(...) La publicación intensiva de artículos científicos en revistas indexadas de elevada evaluación es la conducta esperada del antropólogo que pretende subsistir en las instituciones universitarias brasileñas. El llamado a la publicación gana efectividad a través de tecnologías de evaluación de la producción científica que distribuyen legitimidades e ilegitimidades, éxitos y fracasos en lo interno de la disciplina (Martins Moraes y Mesomo: 2015).

Serán estas publicaciones en revistas indexadas las que determinarán la productividad de la persona y, por lo tanto, si merece o no el financiamiento público para acceder, por ejemplo, a las bolsas para becas de postgrados. Todo este sistema depende de las agendas investigativas establecidas, las que instituirán el valor potencial de las investigaciones en el mercado editorial y en otros circuitos intra-académicos de evaluación del conocimiento.

Para Martins Moraes y Mesomo (2015), el *extractivismo cognitivo* bloquea o castra la movilización de otros valores de uso de nuestras investigaciones, afirmación que les permite formular la hipótesis de que cualquier esfuerzo intelectual tiende a ser colonizado si sigue ese modelo de los aparatos disciplinares. En el caso de la antropología, afirman, la reproducción disciplinar traiciona la promesa antropológica que orienta el trabajo de campo del antropólogo y de la antropóloga, y para reorientarlo proponen insertar nuestras investigaciones en agendas colectivas politizantes, es decir, involucrarnos con nuestros/as interlocutores/as o “compañeros de recorrido” en sus objetivos políticos para dar autonomía a la producción de conocimiento y, por lo tanto, a nuestros productos de investigación.

La realidad vivida en Brasil se repite en otros países de América Latina, donde las políticas estatales científicas (incluyendo concursos de credenciales y de oposición en universidades públicas para ser profesores/as, becarios, etc.) validan ese axioma productivista del

extractivismo cognitivo para captar y formar a sus investigadores/as (garantizando generación de relevo), para financiar proyectos (que privilegian en su mayoría las ciencias de la salud y las naturales), para dar reconocimiento y premios, para divulgar en las publicaciones científicas de ese aparato disciplinar, en el que encontramos como modelo para su validación y legitimación los sistemas de indexación. Es decir, si nos apegamos al planteamiento de Martins Moraes y Mesomo, existe toda una estructura ya establecida de incentivos del *valor de cambio* (mercantilizada en su proceso de divulgación) que limita la creatividad en el *valor de uso* de nuestras investigaciones, que sería en sí la producción de nuestros conocimientos, encerrándonos en un círculo de alienación científica para América Latina. De esta manera, con el sistema de indexación (ahora digital) no hemos salido del modelo del cónclave académico y nos seguimos leyendo en un círculo privilegiado y cerrado, levando el ego académico.

Según Daniel Buquet, Iberoamérica, que “cuenta con cientos de millones de habitantes y decenas de miles de científicos sociales, puede promover con todo derecho el uso de sus lenguas nativas para desarrollar su actividad académica” (2013: 6), por poner un ejemplo de reivindicación y urgencia en nuestro países. Buquet plantea que en estos países se practica más la publicación de libros y capítulos de libros, sobre todo en ciencias sociales, porque los/as investigadores prefieren más este formato que los *papers* (Buquet, 2013: 41), pero en el sistema ISI y Scopus no se incluye este tipo de material para evaluar en el sistema de indización. Según este autor, “las ciencias sociales latinoamericanas, sin necesidad de adaptarse a los estándares de evaluación del primer mundo, están en condiciones de fijar sus propios criterios, que no tienen que ser menos exigentes” (2013: 46). Es decir, la producción científica en América Latina tiene sus características, que cambian incluso de país en país.

Sin embargo, cuando leemos los criterios de evaluación de los índices locales y regionales estos emulan a los lineamiento de los índices internacionales (guiados por ese sistema de mercado editorial) y más del 70% de la normativa se limita a la forma en cómo la revista presenta sus productos para ser mejor capturados o leídos en internet, por ejemplo, si tiene título, resumen y descriptores

en inglés, o si presenta fecha de aceptación, o si los apellidos y los nombres están bien escritos o aparecen completos, o si escribió la afiliación institucional adecuadamente, entre otros lineamientos.

Adoptar un sistema de indización con criterios noratlánticos (porque si no estamos ahí no existimos) conlleva a seguir reproduciendo la visión hegemónica de hacer y divulgar la ciencia con esa perspectiva del *problem solving*, que nos relega siempre al papel de “periferias”, adjetivo que afianza la vergüenza cultural y que garantiza que sigamos siendo los países consumidores en ese sistema socio-político-económico neoliberal... primero consumidores de productos procesados en el norte con las materias primas del sur, ahora consumidores de software para manejar las revistas científicas en ese mundo virtual.

Como concluye Eduardo Sandoval Forero y otros (2014):

Los índices utilizados en América Latina han copiado mecánicamente los indicadores y estándares de calidad establecidos por la ‘sociedad del conocimiento’ de las universidades de ‘excelencia’ de los países del norte en la transnacionalización de la ciencia (...). Trabajar institucional e individualmente en función de los rankings ha convertido a las universidades en ‘expertas’ en marketing con pretensiones ilusorias de imitar e igualar a las del ‘primer mundo’ y a los investigadores en pensar, hacer y simular solo lo que tiene valor cuantitativo en sus ‘evaluaciones’ y (eso) se traduce en dinero. Esto sin duda tiene que ver con los bajos salarios de los investigadores, que son complementados con (...) los programas de incentivos académicos de las universidades, que los ‘obliga’ a producir artículos y ensayos al ritmo en que se fabrican las tortillas en México (Sandoval Forero *et. al*, 2014).

Si entramos inevitablemente a un sistema-mundo con universidades (que quieren ser mejor “rankeadas”), con ese fin positivista y capitalista de vincular ciencia y tecnología con desarrollo (modelo tecnocientífico); si seguimos con ese sistema de ascensos en la carrera universitaria que implica en el fondo formar a más doctores, registrar patentes, publicar más en las “mejores” revistas de los ranking del norte y ser más citados (Gibert-Galassi, 2015); si entramos en el mundo de internet y las redes sociales, ¿cómo podemos romper con ese sistema a lo interno? ¿Podemos romperlo?

Frente a esta realidad, han surgido propuestas, incluso dentro de las consideradas “periferias” de las ciencias hegemónicas (como Sci-hub, por ejemplo), para plantear la divulgación científica por

internet en “Open Access”, movimiento mundial que pregona la posibilidad de usar softwares abiertos como una alternativa frente a las costosas inversiones por mantener software privativos, que sufren obsolescencia tecnológica, así como también para democratizar, pluralizar, colectivizar el conocimiento.

Los repositorios institucionales de universidades privadas se alimentan de software libre y las revistas latinoamericanas optan por publicar en “Open Access” (acceso abierto) para garantizar más lectores/as en el mundo desde cualquier espacio y horario. Desde el punto de vista del funcionamiento interno, con el “Open Access” el tema de los pares académicos, de la evaluación sería más cara a cara virtual, permitiendo la interconectividad, el intercambio entre autores/as y lectores/as porque es gratuito, intentando sustituir el método del arbitraje por pares académicos y ampliando el público lector.

Dentro de los centros hegemónicos, incluso dentro de nuestra mentalidad colonizada, se argumenta que la publicación de “todo” en “Open Access” podría conllevar a la piratería y no nos permitiría discriminar calidad de cantidad, pero nos preguntamos: ¿Acaso no podemos considerar “piratería” cuando nos dedicamos a copiar los modelos de producción y reproducción de la ciencia de esas ciencias metropolitanas para validarnos, para legitimarnos en esos centros?

Consideramos que la maravilla de internet, a pesar del sistema trasnacional de obsolescencia tecnológica, se centra en su capacidad como medio para alcanzar la interactividad y la interoperabilidad desde distintos aparatos, desde una computadora hasta un celular inteligente. Ya podemos leer el periódico y enterarnos de las últimas noticias al instante. Las revistas científicas en América Latina necesitan adaptarse a ese lenguaje, a esa explosión de formas de comunicación si realmente desean ser digitales, y no al revés, ya que la lectura es diferente, la interacción es distinta. Y esto conlleva a que nos planteemos la divulgación científica en nuestra región aprovechando las bondades de este medio de comunicación. ¿Cómo visibilizamos nuestras ciencias desde el “sur global” en internet? ¿Cómo mostramos la ciencia que estamos haciendo en el “sur global” (como lo llama Boaventura de Sousa Santos) dentro de ese maremoto informativo?, son las preguntas que nos plantean grandes retos y que nos piden soluciones creativas.

En principio, podríamos apuntar hacia un índice regional latinoamericano indizado, no sólo de revistas, sino de la producción científica escrita en su totalidad, que vaya en consonancia con la noción integracionista de nuestros pueblos, cuyas publicaciones privilegien nuestras lenguas, que construya criterios unificados de evaluación de acuerdo con las características de la divulgación científica más practicada, porque las revistas no son los únicos medios de divulgación (están los libros, productos audiovisuales, trabajos radiales, investigaciones fotográficas, etc.). Consideramos que un punto de honor para realmente pensar en una integración latinoamericana sería conocer lo que estamos haciendo e hicimos: ¿Quiénes son los pioneros de la arqueología en Chile o en Paraguay, o los etnohistoriadores que han marcado pauta en Haití o Martinica? Para esto debemos apuntar hacia la construcción y promoción de un sistema de citación latinoamericana (desde nuestras universidades) con criterios unificados de evaluación (construidos por nosotros).

El primer gran paso podría ser promover bibliotecas latinoamericanas por disciplinas, que sean digitales y de acceso libre. No podemos visibilizarnos en el sistema de citación (si nos interesa hacerlo) si mínimamente no nos conocemos. Pero ¿cómo lograrlo?, ¿cómo posicionar las otras formas de divulgar el conocimiento que salgan de la estructura disciplinaria y mercantil?

Tejiendo en red. Para muestra un botón: a través de la Red de Antropologías del Sur queremos promocionar un proyecto editorial latinoamericano en las disciplinas antropológicas para poner gratuitamente en manos de los/as estudiantes de nuestras escuelas de antropología a los/as autores/as de la región. La integración implica tejernos en red para no dejarnos devorar por sistemas corporativos globalizantes, porque la ciencia ficción de las máquinas dominando al *Homo Sapiens* es otro espejismo, como dijimos: ya tenemos un sistema neoliberal que nos dice cómo comer, cómo entretenernos, cómo vivir, cómo y para qué educarnos. Implosionar el sistema por dentro es nuestra tarea a mediano plazo con ideas creativas, que se liberen de la camisa de fuerza de esa estructura académica castradora que no cuestiona su nicho neoliberal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agencia EFE. (2016). *Más de 4.000 millones de personas alrededor del mundo no tienen acceso a internet*. Recuperado de <http://www.emol.com/noticias/tecnologia/2015/05/26/718586/mas-de-4000-millones-de-personas-alrededor-del-mundo-no-tienen-acceso-a-internet.html>.
- Briceño Guerrero, JM. (2008). *El laberinto de los tres minotauros* (3). Mérida, Venezuela: Editorial La Castalia, Biblioteca J.M. Briceño Guerrero.
- Buen Abad, F. (2011, Julio, 12). *Urge una cumbre de presidentes para hablar de comunicación*. Trabajo presentado en el VI Foro Internacional de Filosofía, capítulo Mérida, Venezuela.
- Buquet, D. (2013). *Producción e impacto de las ciencias sociales en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO. Recuperado de http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20131016084109/Buquet_Ciencias_Sociales_America_Latina.pdf.
- Clarac, J. (2000, En./Ab.). La Mutación Epistemológica de Fines del Siglo XX y la Crisis de la Legitimidad de la Antropología del Norte: Hacia una Antropología del Sur en el Siglo XXI. *Revista Fermentum*, 27, 17-40.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2016). *Estado de la banda ancha en América Latina y el Caribe 2016*. Naciones Unidas: CEPAL, Cooperación Alemana. Naciones Unidas, Santiago. Recuperado de <http://www.cepal.org/es/publicaciones/estado-la-banda-ancha-america-latina-caribe-2016>.
- Espinosa, N. e Insuasty Rodríguez, A. (2015, En./Jun.). El conocimiento inventariado. Apuntes críticos sobre el modelo de indexación de las publicaciones académicas en Colombia. *AGO.USB*, 1, 95-113.
- Gibert-Galassi, J. (2015, En./Jun.). La producción “indexada” en las ciencias sociales latinoamericanas: 1993-2012. *Revista latinoamericana de investigación crítica*, 2, CLACSO: 19-40.
- Hasmy, A. (2015). *Situación de las revistas venezolanas*. Trabajo presentado en el Encuentro Internacional de Editores de Revistas Científicas Venezolanas: Desafíos y Oportunidades. 18-19, Junio. Mérida, Venezuela.
- Krotz, E. (1993). La producción de la antropología en el Sur: características, perspectivas, interrogantes. *Alteridades*, 5-11.
- Martins Moraes, A. y Mesomo, J. (2015). *Situar o saber, transgredir o disciplinamento: desafíos e alternativas para a construção do enunciado antropológico crítico*. Trabajo presentada en el Simposio “Hacer antropologías desde el sur: retos etnográficos y metodológicos”, Primer Congreso Internacional de Antropologías del Sur, 10-15, Octubre. Mérida, Venezuela.

- Mejías Guiza, AM. (2014, Jul./Dic.). Antropología del Sur, un enfoque pluridisciplinario y ético para estudiar el uso del territorio y la movilidad en Barinas. *Boletín Antropológico*, 88, 188-201.
- Requena Mandé, J. (2015). *Algo más de un siglo de de publicaciones científicas en Venezuela: una revisión bibliométrica en Venezuela*. Trabajo presentado en el Encuentro Internacional de Editores de Revistas Científicas Venezolanas: Desafíos y Oportunidades. 18-19, Junio. Mérida, Venezuela.
- Rosales, NF. (2015). *Metodología Revencyt para la evaluación de Revistas Venezolanas*. Trabajo presentado en el Encuentro Internacional de Editores de Revistas Científicas Venezolanas: Desafíos y Oportunidades. 18-19, Junio. Mérida, Venezuela.
- Rosales, NF, Bauste M, Rodríguez F, y León, F. (2008). REVENCYT and BDTV: Venezuelan initiatives on digital libraries. *The International Information & Library Review*, 40 (3), 185-187. Doi: <http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1002/meet.2008.1450450358/full>.
- Rozemblum, C; Unzurrunzaga, C; Banzato, G. y Pucacco, C. (2015). Calidad editorial y calidad científica en los parámetros para inclusión de revistas científicas en bases de datos en Acceso Abierto y comerciales. *Palabra Clave*, 4 (2), 64-80. Doi: <http://www.palabraclave.fahce.unlp.edu.ar/articulo/view/PCv4n2a01>.
- Said, E. (2005). *Reflexiones sobre el exilio: ensayos literarios y culturales*. Editorial Debate.
- Sandoval Forero, E.A.; Guerra García, E.; Meza Hernández, M.E. (2014, Oct./Dic.). Control, subordinación y simulación en el posgrado, la investigación y la divulgación. *Pacarina del Sur*, 5 (21). Doi: <http://www.pacarinadelsur.com/dossier-13/1018-control-subordinacion-y-simulacion-en-el-posgrado-la-investigacion-y-la-divulgacion>.
- Sandoval Forero, E.A. (2014, Oct./Dic.). Editorial. *Pacarina del Sur*, 5 (21). Doi: <http://www.pacarinadelsur.com/dossiers/dossier-13>.
- We Are Social. (2015). Recuperado de <http://www.slideshare.net/wearesocialsg>.

ANNEL DEL MAR MEJÍAS GUIZA es licenciada en Comunicación Social, de la Universidad del Zulia, y Magíster en Etnología, mención Etnohistoria, de la Universidad de Los Andes (ULA), Venezuela. Actualmente ejerce como profesora en Etnología en la ULA y fue editora de la revista *Boletín Antropológico* desde 2014 hasta el 2016. Ha publicado tres libros: como co-autora *Patriotas del petróleo. Testimonios de la resistencia contra los golpistas petroleros (2002-2003)* (Ediciones Correo del Orinoco, 2012), *Mapas de sangre* (Premio de Autores Inéditos Monte Ávila Editores, mención Narrativa, 2011) y *Casa quemada* (Premio de Literatura Stefania Mosca, mención Narrativa, 2014. Ed. FUNDARTE).